

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO.

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

UN CASO INAUDITO.



o CREO en brujas, ni he dado crédito jamás á esas consejas mal urdidas que existen en todos los países, y que teniendo su cuna en el oriente han invadido todo el mundo con la rapidez de lo maravilloso, con la increíble velocidad que adquieren en su propagacion los hechos inesplicables. ¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos costó á Colon convencer de la verdad de su teoría! ¡Pero en cambio, la frenología, la medicacion homeopática, el magnetismo animal y las mesas parlantes, con que facilidad hallaron aposento hasta en cerebros bien organizados! Increíble parece que una época tan positivista rinda culto todavía á lo misterioso.

Después de lo que antecede, me parece que quedo acreditado de *esprit-fort*,

de hombre despreocupado que no cree en el mal de ojo, ni en el *padrejon*, ni en la cura del *empacho* por medio de la nigromancia, ni en la virtud de la boca santa de las mujeres *jimaguas* para curar la *mala preñez*, ni en la existencia de la *pena negra*, ni en otra porcion de cosas que la buena fé *quajira* admite como verdades inconcusas.

Hechas estas salvedades, voy á referir una historia reciente, dejando la apreciacion de los hechos á las personas autorizadas. No solo respondo de la autenticidad de mi narracion, sino que me hallo dispuesto á suministrar todos los datos que se crean necesarios á ilustrar la investigacion de la verdad científica, á cuyo efecto contestaré plenamente á todas las preguntas que con este objeto se me dirijan por escrito á esta redaccion; bien entendido, que dejaré sin contestacion á las que solo sean guiadas por mera curiosidad.

Vamos al hecho. Hará poco mas de quince dias que llegó de Santiago de Cuba á esta Ciudad una corta familia, compuesta de un Sr. anciano y enfer-

mo, y de una hija de éste, hermosísima muestra de las bellezas que se producen en Cuba, en esa poblacion que parece se asoció con Matanzas para obtener de Júpiter que todas las feas se murieran al nacer.

Se alojaron las dos personas mencionadas en una casa de huéspedes, para cuya patrona trajeron cartas de recomendacion. Caridad, se llamaba la hija del anciano; y á fé que bastaba decir que era de Cuba y omitir el nombre, porque, ¿qué cubana no se llama Caridad, ó por lo ménos *Cachita* que todo es una cosa mesma?

Cachita me refería ayer, llena aun de zozobra y con la voz conmovida, como si acabara de experimentar algun susto, lo que voy á referir tal como lo oí de su boca, dejando la narracion en primera persona para que surta mas efecto.

«En los pocos dias que llevo en esta Ciudad, he sufrido mas que en toda mi vida. Figúrese usted que he tenido que tolerar la presencia del ser que aborrezco con todo mi corazon. No ha habido dia en que no le haya visto, tres,

cuatro y hasta seis veces. No crea usted que exajero, ni que son *artificios*, como suelen creer los hombres que son muchas de las dolencias femeninas. Le aseguro á usted que la primera vez que lo ví en el comedor, pues ha de saber usted que él era un huésped de esta casa, lo mismo que mi padre y yo, cuando fijó en mí sus pequeños ojos repugnantes hasta lo sumo, no lancé un grito, gracias al soberano esfuerzo que hice para no asustar á mi padre, ni poner en movimiento la casa cuando acababa de entrar en ella.

Varias veces despues, pasó por junto á mí sin desplegar sus lábios, y creo que si me hubiera dirigido la palabra, me habria caído desmayada inmediatamente al suelo. En la primera carta que escribí á Lorenzo, un amigo que tengo en Cuba, le dí noticia de este suceso.»

Aquí es necesario decir, supuesto que *Cachita* no tiene la franqueza de empearlo, que Lorenzo era su íntimo amigo, el amigo del alma, el *novio*, y está dicho todo. Dejémosla ahora continuar, á reserva de volver á interrumpirla cuando sea necesario.

«Cosa rara! Á vuelta de correo me contestó Lorenzo en estos términos: «Tu mortal enemigo, como tú lo llamas, ó ha salido de la Habana para venir á Cuba, ó tiene aquí una imagen suya, porque anoche mismo he visto, si nó al que es tu pesadilla, al ménos á otro muy parecido, segun la descripción que me haces de ese ser misterioso. Me hallaba yo cenando en compañía de dos amigos que habian venido del Carey, y en un momento en que por casualidad me dejaron solo, se me aparece ese ente aborrecido sin pronunciar palabra. Eché mano al *revólver* que uno de los viajeros habia colocado sobre la mesa, pero el aparecido huyó precipitadamente, á tiempo que llegaron otra vez mis dos amigos, quienes se rieron mucho al oirme decir: «la fuga te ha salvado la vida,» encontrándome completamente solo.

Despues de haber leído la carta de Lorenzo, prosiguió *Cachita*, me retiré á mi cuarto dejando la puerta entreabierta. Me senté en un *columpio* y coloqué la carta sobre un velador que estaba cerca. Ocupada mi imaginación por mil ideas distintas, fatigados mi cuerpo y mi espíritu por la mala noche que acababa de pasar asistiendo á mi padre enfermo, y por la inquietud que me inspiraba el estado de su salud, me quedé inmediatamente dormida, mejor dicho, en ese estado que no es de sueño ni de vigilia, aunque participa de am-

bos, en ese intermedio que conoce todo el que alguna vez ha tenido deseos de dormir y necesidad de velar.

Un ruido muy ténue, apenas perceptible, me hizo abrir los ojos algunos instantes. Sin levantarme de mi lugar eché una ojeada por todas partes, y viendo que no habia novedad volví á sumerjirme en el estado que ántes. Dos golpes en la puerta, seguidos de un «se puede entrar?» en que reconocí la voz de mi patrona, hicieron que me incorporase de nuevo en la butaca, invitando á la señora á que pasara adelante.

—Señorita, me dijo, tenga usted mas cuidado con sus cartas. Esta la he encontrado en el corredor, y sé que viene dirigida á usted porque lo leo en el sobre. Ignoro el contenido de la esquila, pues no respondo de que todos mis huéspedes sean tan discretos como yo, por consiguiente, *Cachita*, lo mejor es encerrar estas cosas bajo llave.

El susto, la curiosidad, el rubor y cualquiera otro sentimiento que pudiera abrigar, se me trocó inmediatamente en ira, en el mas exaltado despecho, porque una cosa veía yo claro allí: era para mí innegable que aquel infame habia entrado en mi aposento y habia sustraído la carta que yo, confiada, puse sobre el velador.»

Paréntesis aquí, para decir que la belleza de *Cachita* se multiplicó por siete, al referirme este pasaje de la tragedia. Aun brillaba en sus ojos la indignación de una virtud *siboneya*, pero expresada tan al natural, tan sin aspavientos y con tan brillantes colores, que me hizo exclamar dentro de mí: Dichoso Lorenzo!

Y continúa la relacion de la ninfa.

«Poco despues, y cuando hube recobrado un poco la calma, llamé á la propietaria de la casa y le comuniqué lo ocurrido, añadiéndole que tal era la aversión que yo experimentaba hácia aquel ser repugnante, que si ella no lo hacía salir de la casa de un modo ú otro, mi padre y yo abandonaríamos inmediatamente su morada; que se lo avisaba con tiempo para que ella eligiera su determinación; bien entendido que si hasta entonces yo no habia procedido á desalojar, era porque queria evitar á aquel anciano las molestias anexas á una mudada; pero que ya esta consideración no me detenía, porque la presencia de aquel atrevido dentro de casa, podia acarrear sucesos mas lamentables que los que yo trataba de conjurar.

La señora me oyó hasta al fin, aunque á ratos me exhortaba con adema-

nes á que yo alzase la voz, y despues me dijo con aire de misterio.

—Señorita: Ha de saber usted que yo profeso tambien gran antipatía, aunque no tanto como usted, á ese huésped, que, de paso sea dicho, no fuí yo quien lo trajo á esta casa. Yo le prometí á usted darme mis trazas para que salgamos de él; pero, por Dios, no comunique usted lo ocurrido porque si mis inquilinos llegaren á trascender algo, puede haber disgustos que es lo que yo trato de evitar. Puede usted estar tranquila, que ya saldremos de él, pero sin escándalo; y entonces vivirá usted descansada, porque puedo asegurarle que en mi casa no hay quien se le parezca, y estoy resuelta á impedir que entren otros semejantes.

Dos días pasaron despues de la manifestación de mi patrona, que fueron otros tantos de suplicio para mí, porque donde quiera encontraba á mi enemigo, como una sombra fatídica que habia jurado no abandonarme: en la escalera, en los pasadizos, en el patio, en todas partes excepto en mi cuarto, que tenia yo buen cuidado de cerrar herméticamente para que no se repitiese la escena de la carta.»

Otro paréntesis.—Y eso que el enemigo no habia hecho gran cosa.

Continúa *Cachita*.

«Hoy casualmente, poco antes de llegar usted, ha tenido lugar el desenlace de esta trágica historia. Hallábame yo leyendo el *Diario*, cuando oigo la voz chillona de la casera, que llena de júbilo exclamaba desde el patio:

—¡*Cachita*, *Cachita*! Ya salimos de él.

Me asomo al balcón y veo en el patio un hermosísimo gato barcino, llevando en la boca..... ni mas ni ménos que el cadáver de mi mortal enemigo. Lo reconocí al instante, porque muchas veces le ví por mi desgracia en los pocos días que llevo en la Habana.»

Era un ratón, lectores amados. Era el feto del parto de los montes. Ese era el misterioso enemigo de la bella cubana, y si otra cosa habeis creído, es porque leeis mas con los ojos de la imaginación que con los de la cara. De todos modos, no me pesa, porque con este cuentecito, muy parecido á uno que leí hace pocos tiempo en un periódico americano, he logrado entreteneros un rato, y evitar que anduvierais tal vez en malos pasos.

Cachita sigue sin novedad.

BR. LINAZA.

CON PERDON DE USTEDES.....

Todos los años, en una época determinada, se encuentra uno con que de cien personas que conoce, las dos terceras partes por lo bajo, tienen necesidad de salir de la Habana para tomar baños de río, baños calientes, baños sulfurosos ó beber aguas de diferentes clases y colores.

Así es que no puede uno menos de esclamar:

—Pero, Señor, está acaso el mundo compuesto de enfermos que para prolongar su existencia se vean precisados á absorber una cantidad enorme de vasos de agua?

Es imposible entónces tener buena opinion de la salud del género humano.

Por eso hay tantos individuos que se hacen médicos.

En efecto, si esto continúa, pronto tendremos para cada enfermo dos médicos, sin contar los curanderos aficionados que en beneficio de la humanidad doliente se ocupan algo de medicina casera.

Y los discípulos de Escolapio, se asombrarán de ver á alguno de sus colegas que ande á pié.

Lo que á mí me asombra es que con tanto médico no haya llegado el fin del mundo.

Pero dejemos esto, porque no es ahora mi intencion criticar á las lumbres de la ciencia.

Quevedo ha dicho bastante contra ellos, y despues de Quevedo, otro cuyos nombres no conservo en la memoria.

Volvamos á los bebedores de agua, que en medio de todo prestan un gran servicio á la humanidad, pues si no se tragáran tanto líquido al cabo del año, los manantiales terminarian por desbordarse y tendríamos otro diluvio.

Tratemos ahora de descubrir el motivo que obliga á tanta gente á buscar aguas termales.

Un caballero se encuentra enfermo de gravedad; hace tres meses que no sale de su cuarto. Cuanto remedio se le ha ensayado para curarle, ha sido inútil.

—Con que, doctor, dice á su médico; tenemos que convenir en que no sabe V. lo que tengo.

—Sí, señor, que lo sé; lo sé perfectamente, pero hay algunas crisis que no puedo explicarme bien, responde el médico que no quiere pasar por ignorante.

—Pero entónces que me aconseja V. que haga?

—Voy á enviarle á V. á los baños de San Diego.

Y eso me curará?

—Hombre, nadie es infalible; pero si esos baños no le hacen á V. mal, tampoco podrán hacerle bien.

—Cómo, cómo?

—Ah! perdone V.; me habia equivocado, quise decir lo contrario.

El enfermo empieza desde luego á arreglar su equipaje y se apresura á partir para los baños de San Diego.

Hay una infinidad de personas á quienes los médicos hacen viajar cada año por dentro y fuera de la Isla. La facultad médica ha contribuido como ninguna á la proteccion y perfeccionamiento de las vias de comunicacion.

Allá va otro ejemplo del motivo que obliga á una familia á trasladarse en busca de vasos de agua.

Una señora envía á llamar á su médico.

—Ay, doctor, le dice, estoy muy mala, muy mala.

—Ser ó estar en francés es lo mismo.

—No venga V. con bromas; le aseguro á V. que estoy malísima.

—Pues, señora, nadie lo diria; tiene V. un aspecto magnífico. El pulso no tiene novedad. A ver la lengua..... muy buena.

—Por Dios! no vaya V. á decir eso á mi marido.

—Porqué?

—Un médico es como un confesor. Voy á confesárselo á V. todo.

—Hará V. muy bien. Doy de antemano la absolucion y escucho.

—Pues bien; sepa V. que tengo grandísimos deseos de ir á Saratoga y mi marido no quiere llevarme pretestando que ha gastado este año mucho dinero, que los negocios no andan bien y que es preciso hacer economías.

—Ya sé lo que me va V. á pedir.

—De veras? ha acertado V.?

—No es difícil; tengo muchas damas en mi clientela.

Á los pocos dias la señora y los niños marchan para Nueva York, acompañados del esposo firmemente persuadido de que este viaje es indispensable para restablecer la comprometida salud de su amada consorte.

D. JUNÍPERO.

UN BUEN PARTIDO.



—Aquí tienes el caballero de que te hablé el otro día.

—Cómo.....?

—Sí; el futuro esposo de tu hija.

—Pero, mujer, si apenas tiene narices.....

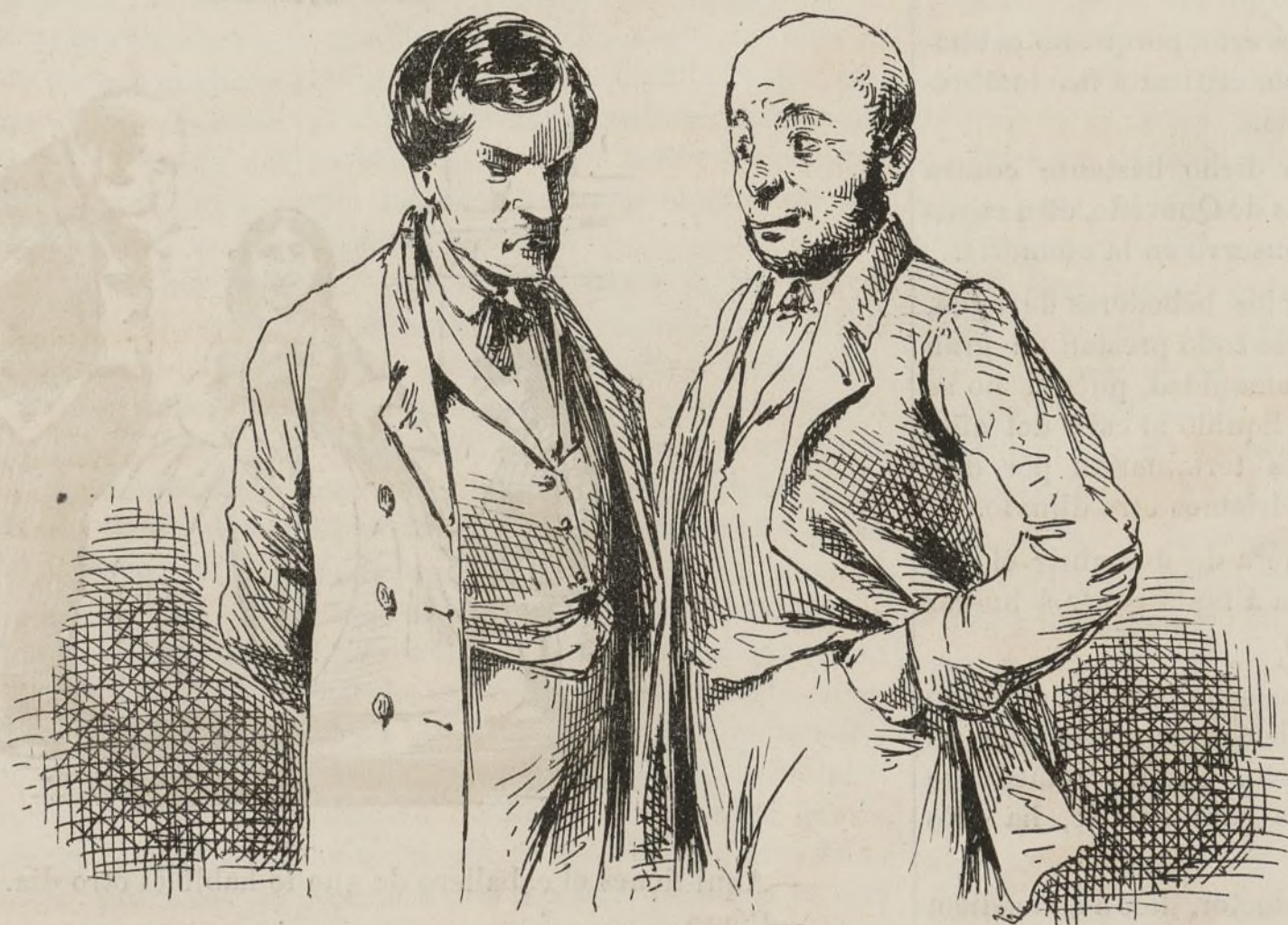
—Tanto mejor, Nicolás: además el chico ha de crecer aun, y, si como es natural, estas le crecen á par de lo demás, di tú que no habrá tajamar que le iguale.

—Pues, entónces, hijos míos, *crescite et multiplicamini*.

LA TEMPORADA.



- Mamá, porqué van aquellos niños con las manos cogidas?
—Será para no perderse.
—Ay, pues papá iba el otro día de la mano con Chucha por el jardín y..... y se perdieron.



- Tío.....! todo lo he perdido al juego!
—Todo?
—Menos una cosa.
—Cuál?
—Las ganas de volver á jugar.

LA CAZA DE CORAZONES.



Entretimiento de las niñas que están de Temporada.

ALBERTO DE KERBRIANT.

POR MERRY.

Traducido para "D. Junipero."

Frente á la rada de Tolon y en cada una de las mesetas que se forman sobre la vertiente occidental de la cadena de montañas que unen el pico de Coudon con las gargantas del Ollioules, se encuentran las mas hermosas casas de campo de la Provenza: todas gozan el mismo punto de vista: el mar, la rada y los bajeles, es decir, al cuadro mas risueño y variado. Por las noches de la mas bella de las estaciones, las familias se reunen en las azoteas de sus quintas y se compensan del calor sofocante del dia, gozando la frescura que se desprende del mar durante las primeras horas de la noche.

Las primeras estrellas de la tarde de San Juan (183..) acababan de aparecer sobre la cresta desnuda y gris del Coudon, cuando en medio del silencio de la campiña se oyó resonar un cañonazo cuyos ecos se repitieron desde la colina de Lamalque hasta las profundidades del valle de Ollioules. Un estremecimiento eléctrico de terror se difundió al par de los ecos del cañonazo y vino á turbar todas las veladas de la mas larga y mas hermosa de las noches de otoño.

En todas partes, en las azoteas donde se hallaban los jóvenes y las jóvenes conversando se oía esta exclamacion: *Es un galeote que se ha escapado!* Parecia que cada familia aislada fuese á ver caer en medio de ella algun tigre de faz humana escapado de la cárcel del arsenal de Tolon.

Si algun observador hubiese podido seguir al vuelo ese largo rastro de espanto que corrió de rostro en rostro á través de los grupos que celebraban la velada de San Juan, habria notado con sorpresa la serenidad de una sola familia, sentada bajo el emparrado, entre la rada y la montaña de Six-fours. Sin embargo, fácil era de explicar esa seguridad de algunas personas en medio del terror general. Hacia pocos dias que la señora de Mellan y su hija Ana habian llegado de Nueva York á Tolon para terminar un importante negocio de familia, y habian alquilado una preciosa casa de campo á corta distancia del mar y de la Carretera. Un sirviente anciano y y dos camareras criollas, estaban sentados en el terrado con las dos señoras cuando resonó el cañonazo. Como nadie podia dar á esas estranjerías la explicacion de esa señal de alarma, ellas la consideraron como cosa muy natural en una plaza de guerra, y ni siquiera interrumpieron su conversacion.

La ciega casualidad, ó por mejor decir, el inteligente conductor de la fatalidad, guió al forzado evadido en direccion á la casa de campo habitada por la señora de Mellan. Era un hombre que ha dejado un nombre ilustre en el pandemonio del crimen; era el famoso Cardan, sentenciado por bigamia complicada con falsificacion. Habia tardado dos meses en limar el anillo de hierro que le unia á su camarada, y un dia que este dormia al sol, en el astillero de Mourillon, Cardan rompió el último hilo del anillo y se escapó. El camarada, despues de un cortísimo sueño robado á la vigilancia del guarda, se vió solo y se escondió en una cueva formada por maderos y tablas, para evadirse á su vez en el mo-

mento propicio; pero fué descubierto al dia siguiente. En cuanto á Cardan solo se vino á notar su fuga al cerrar la noche. Ese célebre forzado tenia entonces 30 años, de los cuales habia pasado 4 en galeras: su estatura elevada y de buenas proporciones, sus modales distinguidos, y su rostro pálido y altivo anunciaban un criminal de buena sociedad, antes que la blusa encarnada, que nivela todos los rangos, hubiese ocultado al hombre *comme il faut* bajo la cubierta del galeote. La noche de que hablamos, Cardan no llevaba sino el pantalon de cotin, habiendo arrojado su blusa al campo: ágil y vigoroso, sus saltos se parecian mas bien al vuelo de un pájaro ó á los brincos de la pantera que á la marcha precipitada del hombre. Llegado al pié de los grandes árboles de la casa de la señora de Mellan, midió el terreno con ese instinto sutil que da la naturaleza á los animales monteses, y saltando como un mono á lo largo de un madero recostado contra la fachada de atrás, entró en los aposentos del primer piso, y no habian trascurrido aun cinco minutos cuando ya lo habia visitado todo y visto todo en medio de las tinieblas como si se hubiese alumbrado con la llama de sus cabellos rojos ó de sus pupilas.

Si esta clase de hombres aplicase al bien las poderosas facultades que aplica al mal, pronto estaria regenerada la especie humana.

Cardan encontró algunos montones de escudos en un papelera y los envolvió en las primeras hojas de papel que cayeron bajo su mano. Contentóse con esa pequeña cantidad, bastante para sus necesidades urgentes y de un brinco saltó de la ventana á la tierra labrada del jardin.

A los primeros resplandores del alba se hallaba ya en el piso volcánico de Evenos, que mezcla su apagada lava con las nubes.

Allí compró el vestido de un pastor y algunos carneros, y por senderos escabrosos bajó, cayado en mano, á la llanura del Bausset.

No ignorando que un gran camino va á parar siempre á una gran ciudad, Cardan siguió esa blanca y larga cinta que serpentea desde la capilla de Santa Ana hasta la llanura de Cuges, y al paso saludaba á los gendarmes que conducian á los refractarios, á los marinos con licencia, á los soldados que llegaban de Africa, á los saltimbanquis y á los tocadores de órganos de Berberia, personal curioso de peatones que puebla el camino de Tolon á Marsella.

Protegido por la noche entró en esta última ciudad, despues de haber abandonado sus carneros, y alquiló esa habitacion modesta en la calle del Baignoin, donde se alberga la gente de á pié y de á caballo, pero sobre todo de á pié.

Al desenrollar sus cartuchos de escudos á la luz de una bujía, descubrió que los envoltorios eran dos cartas y maquinalmente se puso á leerlas para distraerse. Esa lectura, empezando con indiferencia, no tardó en hacer contraer los músculos del rostro de Cardan, dándoles una expresion singular. Levantóse, con la frente inclinada, los ojos fijos y el puño cerrado, como un bandido habituado á todos los crímenes y que descubre, por inspiracion súbita, el medio de cometer uno nuevo. Los presidiarios tienen tambien sus inspiraciones repentinas, y en su cerebro, siempre en actividad, un plan infernal brota completamente provisto de sus negras intenciones y de sus asechanzas sutiles.

Esas dos cartas eran muy estensas; la una estaba fechada en la isla de Borbon y la otra en el cabo de Buena Esperanza. Como esas cartas ocuparian aquí mucho espacio nos bastará analizarlas en pocas palabras y reducir las á su mas simple expresion. Ese resumen será breve. La señora de Mellan, viuda hacia 18 meses, habia salido de Nueva York, donde perdió su marido, y volvía á Europa despues de 20 años de ausencia. El deseo de volver á ver á su pais no influia nada en ese viaje. Mr. de Mellan, nacido en Bretaña, era deudor de su gran fortuna á su noble amigo Mr. de Kerbriant, hidalgo arruinado por la revolucion y no indemnizado. Mr. de Kerbriant tenia un hijo solamente llamado Alberto; ese joven, viendo que nada tenia que esperar de la herencia de una familia pobre, se habia dedicado desde temprano á la profesion de marino; pero desgraciadamente no poseia esa salud robusta que exige el servicio del mar. Mr. de Mellan, en su lecho de muerte, arregló solemnemente el casamiento de su hija con el hijo de su bienhechor, con condiciones tan generosas que satisfacian noblemente la deuda de la gratitud. La viuda se sometió ciegamente á la última voluntad de su marido; entabló una correspondencia con Alberto de Kerbriant, y solo halló en ese joven un vivo deseo, muy natural por cierto, de cumplir la cláusula testamentaria del padre de Ana. En tal virtud se convino en que las dos familias se reunirian en Tolon hacia el mes de julio, en cuya época Alberto de Kerbriant llegaria de Pondichery en un buque del Estado, y en que el casamiento del joven oficial y de Ana se celebraría sin demora. La señora de Mellan y su hija fueron las primeras en llegar á esa cita dada á través del Océano.

Un pequeño billete agregado á una de esas cartas anunciaba la muerte de Mr. de Kerbriant. Ese billete no estaba escrito de mano de su hijo Alberto: tenia el timbre de Nantes.

Cardan concibió entonces, despues de una larga meditacion, una de esas ideas extravagantes que solo el génio del mal puede realizar á favor de infernales combinaciones. En primer lugar, no se quitó repentinamente su traje de pobre, temiendo que una metamorfosis demasiado pronta lo comprometiese á los ojos del posadero; trasformóse pieza por pieza, comprándolas y poniéndoselas una por una, y en seguida fué á parar á una hosteria mas distinguida, habiendo tenido cuidado de disfrazar no solo el color de sus cabellos y de su tez, sino tambien su cuerpo, su andar y su voz. Seguro de hacer perder la pista á los sabuesos de la policia se dió á buscar un amigo digno de él en una de esas covachas de aguardiente y tabaco que las grandes ciudades dejan ver vergonzosamente en la oscuridad de sus mas asquerosos barrios.

Lavater y Gall son dos niños en comparacion de un galeote escapado de Tolon. Este, para reconocer á uno de sus compinches, está dotado de un sexto sentido, que es el olfato del crimen. Cardan vió en una covacha alcohólica de la antigua Marsella un joven de 25 á 30 años, de un rostro pálido y nervioso, con ojos verde-mate, y que revelaba en el descuido de su atavío todos los síntomas del horror al trabajo, y en cuyas miradas se divisaba el reflejo de las malas pasiones. El traje de ese individuo anunciaba, bajo su estado ruinoso, que su poseedor habia gozado de algunas comodidades disipadas por la pureza: cada pieza de sus vestidos habia hecho su papel

en las vidrieras de un sastre en boga en una fecha olvidada ya por el periódico de modas; pero lo que sobre todo revelaba una miseria repugnante y una pereza incurable, era una de esas corbatas que se cruzan sobre el pecho y

Cuyo lazo es impotente para disimular la ausencia de camisa.

Perdóneseme si me cito á mi mismo para completar esta descripción:

Cardan trabó pronto amistad con ese hombre, gracias á la simpatía de algunos vasitos de *agua de muerto*, y poco tardó en reconocer en su nuevo amigo una de esas organizaciones indolentes hasta para el crimen, y que no pueden hacerse culpables sino por la influencia exterior de un poder dominante. Sin embargo, el astuto galeote empleó muchos días en sondear á ese hombre antes de elevarlo á la dignidad de cómplice, y cuando creyó deber hacer uso del secreto, después de algunas larguezas de escudos de cinco francos, le reveló sus planes. Desde ese momento uno de esos dos miserables fué un esclavo sumiso y el otro un dueño soberano.

(Continuará.)

BACHILLERADAS.

El hombre que al sentarse dice *¡ay!* y al levantarse dice *¡upa!* no es ese el yerno que mi padre busca.

Si tienes mujer bonita
Nunca la mandes muy lejos
A pasear ni de visita.
Ten siempre pocos testigos,
No quieras amigos viejos
Y busca viejos amigos.

Lector, si fueres marido
Y tuvieses por esposa
A un ángel, y no caído,
Pídele á Dios, compungido,
Que no se vuelva nerviosa.

Mas si desgraciadamente
Para que de ella no abuses,
Llega á sufrir de accidente
Y la encuentras de repente
Víctima de patatuses:

Si arma en la casa un belén
Y dice entre tos y tos:
«Vé por el médico.» ¡adios!
Desmáyate tú también,
Y que os curen á los dos.

¿LOCURA?

Será verdad que el amor
Es cosa que poco dura,
Que es fruta que no madura,
Que es pasajero dolor
Y que la ausencia lo cura?

Locura.

De su mujer la hermosura
Tiene enfermo á Don Pascual;
Pero hay gente que asegura
Y lo dice muy formal
Que el médico que lo cura.....

Locura.

Quieren casar á Ventura,
Y se arma una pelotera
Pues se resiste y perjura;
Lo que hizo la calavera
Ahora lo cura lo cura?

Locura.

EL QUE SE APURA, SE MUERE.

Te estás columpiando Pepa,
Mientras yo peno en el yunque,
Sin que tu calma se trunque
Por mis ansias, que yo sepa.

Yo, que soy lo sola cepa
Que dá vino, tus dotales
Respeto por las legales
Disposiciones, y á mas.....
No te apures que tendrás
La mitad de gananciales.

Hasta el hielo se somete
Hoy del calor al horror:
Ayer dijo: «¡qué calor!»
Una copa de sorbete.

CIGARRON.

JUNIPERADAS.

«Cuando uno tiene dinero para pagar el alquiler de la casa, el mejor remedio es tratar de tener casa propia,» dice una canción francesa; pero tener casa propia es una felicidad que no está exenta de disgustos.

Hay reclamaciones de los inquilinos, hay reparaciones que hacer, contribuciones que pagar, cobradores que mantener y demandas que entablar, sin contar alguno que otro pleito que puede caer sobre el propietario con mas facilidad que el premio grande de la lotería.

Tantos inconvenientes han hecho pensar á cierto individuo muy ingenioso, que lo mejor en este caso era *cobrar los alquileres sin ser propietario*.

Esta idea felicísima encontraría indudablemente muchos prosélitos, si no tuviera la desgracia de no ser del agrado de los señores que componen los tribunales de justicia.

El medio de realizarlo es muy sencillo; el industrial á que nos referimos, ha fabricado recibos que firma con el nombre de los verdaderos poseedores de las fincas y que cobra sin pagar impuestos de ningún género.

El creador de este procedimiento económico ha hecho, según se nos dice, algunos experimentos con buen éxito.

Lástima es que si continúa tropiece con la casa grande de la Punta, á cuyos inquilinos difícilmente podrá cobrarles el alquiler de las habitaciones que ocupan.

El capítulo de la sensibilidad no tiene muchos aficionados en el presente siglo. Ejemplo:

Leíase en un periódico un hecho histórico, que prueba un noble corazón en el protagonista.

Un individuo, cuyo padre había hecho bancarrota hace cuarenta años, ha consagrado la mejor parte de su vida á reunir la suma que constituía el pasivo paterno.

Poseedor hoy del dinero necesario éste héroe de piedad filial, se ocupa en buscar á los acreedores de su padre y á medida que los va encontrando, les entrega religiosamente el importe de la deuda.

Uno de los que escuchaban la lectura de esa noticia, dijo muy serio:

— No comprendo porqué se elogia tanto esa acción.

— Hombre, me parece.....

— No encuentro nada de particular; ese señor paga las deudas de su padre. Bueno... ¿y qué?... Mi padre hace diez años que paga las mías, ¿y han hablado acaso algo los periódicos?

La escena pasa entre una madre y su hija.

La hija escribe á una amiga suya, dándole parte de un acontecimiento imprevisto y feliz; de su matrimonio con una persona que la galanteaba hace tiempo.

«Querida amiga, escribe la joven, te participo que me caso el lunes sin falta»...

— No pongas *sin falta*, interrumpe la prudente mamá; eso podría dar que decir.

Un ardiente devoto del dios Baco se acercaba una mañana temprano á la cantina de un café, con la sana intención de *matar el gusano*.

El cantinero le despacha y el bebedor elevando la copa á la altura de la nariz, dirige al contenido el siguiente *speech*, antes de permitirle el paso por su garganta:

— Vas á entrar en mi estómago, pero tengo que hacerte una recomendación; puesto que tu eres el primero, escoge el sitio y colócate bien, porque hoy habrá una entrada de *Raveles*.

El otro día pasaba yo por delante de un *restaurant*..... no diré cual, porque dicen que es bueno referir el pecado y no el nombre del pecador.

A la puerta estaba el dueño y un celebrado médico..... tampoco diré su nombre, porque si alguna vez cayera en sus manos..... ¡cáspita!

Pero lo que si no puedo menos de contar, porque es tremendo, son las palabras que cojí al vuelo, mientras me hallé próximo á los interlocutores.

— Con qué, decía el facultativo, espero que me enviará V. muchos clientes.

— Descuide V., contestaba el fondista, *eso corre de mi cuenta*.

Un ladrón se introdujo una noche en casa de un individuo muy poco alhagado de la fortuna, el cual dormía tan profundamente con el sueño del justo desprovisto de metálico, que no sintió penetrar en su habitación al que venía á imponerle el préstamo forzoso:

Un mal-aventurado tropezón del ratero despertó al propietario del cuarto. Sentóse sobre la cama y dijo riéndose:

—Cuanto siento, caro amigo, que se haya V. molestado en valde! Viene V. de noche á buscar dinero aquí, cuando yo lo busco á la luz del día hace algunos meses, y francamente no he logrado encontrarlo aún!

He leído en la sección de anuncios de un periódico inglés:

«Un caballero acomodado desea casarse con una señora que no tenga mas que una pierna.»

Esto dá en qué pensar.

¿Será ese caballero viudo de alguna señora demasiada correntona, ó pretenderá exigir la amputación como primera prueba de cariño conyugal? Pues á dónde vamos á parar si las demás pruebas de amor que vaya exigiendo el caballero acomodado son por el estilo de esa?

Los chicos tienen á veces ocurrencias estremadamente inoportunas.

Conozco un infantito de siete años, producto de la unión de un hombre pobre y alegre con una muger rica y de mal genio.

Esta, que como vulgarmente se dice, lleva los calzones de la casa, leía en un periódico diario delante de su tierno vástago la noticia del hallazgo de un dinero en una calle de Guanabacoa.

—¡Ay! esclama el chico, ese dinero debe ser de papá.

—¿Porqué, hijo mío?

—Porque le oí decir ayer que había perdido mil pesos en la valla de Guanabacoa.

CANTOS POPULARES.

Pálida y triste te hallé,
Tu brazo ceñía otro brazo,
Y tus ojos me dijeron
Lo que callaban tus labios.

Cuando á través del alambre
Tierno pajarillo besas,
Recuerdo las dulces noches
Que pasé Junto á tu reja.

No pongas á refrescar
En tu ventana la jarra;
Ponla encima de tu pecho
Y pronto se helará el agua.

En misa te ví un domingo
Un domingo de Pasion,
Y de amor, desde aquel día,
Estoy sufriendola yo.

Al despedirme de tí
Tus ojos estaban secos,
O no tiene corazón,
O fué tu cariño un sueño.

La primer vez que te ví
De negro estabas vestida,
Presajando que de luto
Ibas á llenar mi vida.

Negro tienes el cabello,
Negras pestañas y cejas,
Negros los rasgados ojos,
Y el alma..... negra, muy negra.

Razon tienes en bajar
Ante los míos tus ojos,
Porque en ellos se retrata
Tu corazón mentiroso.

Tu semblante se colora
Cuando palidece el mío,
Porque es roja la vergüenza
Y los celos amarillos.

Tu me desairas y yo
Quiero olvidarte y no puedo,
Que es en amor un desaire
Leña que se añade al fuego.

MARIO.

SOLICITUD FEMENINA.

Un rejimiento de bellas,
Sinónimo de muchachas,
Habitantes del que ha sido
Extramuros de la Habana,
Se ha venido á D. Junípero
En la presente semana,
Pidiendo que por su medio
Se haga pública la instancia,
Que, parto de su caletre,
Aunque un tanto adicionada
Y con sus notas al márgen,
A continuación se estampa.

Apreciable D. Junípero, (1)
Dios guarde á usted muchos años (2)
Y á su alegre comitiva
Conceda salud y cuartos. (3)
Las que abajo suscribimos,
Habitantes de aquel barrio
Que hace poco fué extramuros
Del estrecho pueblo habano; (4)
Muchachas de tomo y lomo, (5)
Esto es, de gran aparato,
Con ojos todo deseos (6)
De echar á cualquiera el gancho; (7)
Sabedoras de que piensan
Poner retreta unos cuantos
Frente al café de Escauriza,
De su peculio pagando, (8)
Con el benéfico objeto
De establecer un mercado,
Do encuentre fácil salida
Lo que es hoy un contrabando: (9)
Pues somos un rejimiento, (10)

- (1) Bellas del cubano emporio.
- (2) Un siglo y otro él os guarde.
- (3) Y á vosotras os dé novios
Que cual mereceis os traten.
- (4) Por lo cual os felicito.
- (5) ¡Tu dixisti! ¡Dios me ampare!
- (6) ¿En qué pararán las misas?
- (7) ¡No dije! ¡Fugite partes.....!
- (8) Nada, amiguitas: lo dicho.
Nunca faltan almas grandes.
- (9) Allá iremos, ¡voto al chápito
Por si algo bueno nos cabe.
- (10) ¡Cómo! ¡Cómo! Si es de faldas
No está de mas: bien me place.

Pobres, sí, pero con garbo, (11)
Que por falta de vehículo
A muchos puntos no vamos: (12)
Y siendo aquel, punto céntrico
Espacioso y ventilado; (13)
Donde es posible que acudan
Al cebo propios y estraños: (14)
A usted, señor, acudimos (15)
Pidiendo á la idea amparo;
A usted que tiene influencia (16)
Y amistad... á usted que es algo... (17)
A usted, una vez y mil
Con alma y vida imploramos
Se sirva pedir retretas
A aquellos que puedan darnos. (18)
Y así gozaremos todos
Entre notas y arrumacos,
Y tal irá allí sin pena
Que saldrá desconsolado. (19)
Y sin mas, disponga usted
Como le plazca entre tanto,
De quienes se reproducen
Siempre suyas.—Y firmamos
CIEN MUCHACHAS. (20)

También nosotros, apreciables niñas de tomo y lomo hemos tenido noticia de que entre los dueños del Restaurant de Inglaterra, del Café de Escauriza y de algunos otros vecinos del punto donde se hallan situados aquellos establecimientos, se trata de costear algunas retretas en obsequio del bello sexo de extramuros, y somos de opinion de que siendo aquel pedazo de paseo un punto de población mucho mas céntrico que la Plaza de Armas y la Alameda de Paula, tiene tanto derecho como esto á que se le regale con las consabidas serenatas gráti, pues no es justo que los señores vecinos se rasquen mucho tiempo el bolsillo para una cosa que debe concederseles de justicia.

Este es el parecer de la redacción juniperil, que podrá no tomarse en cuenta, pero que no dejará de ser justo.

HEMÓS DICHO.

- (11) Malo, malísimo, amigas.
Como si dijeseis, nadie.
- (12) Pues ellos salen baratos
Si se toman en remate.
- (13) Mucho, muchísimo. ¡Digo!
Si allí puede darse un baile.
- (14) ¿Posible, decís, hermosas?
¡Posible! Mas que probable.
- (15) Mil gracias por el recuerdo.
Dios con usura os lo pague.
- (16) Malos informes hubisteis.
- (17) Este es un error muy grave.
- (18) Si me pidierais el alma,
Acaso fuera muy fácil.....
- (19) Si es sátira, os la perdono,
Que aunque amor tiene pesares,
Sé que en goces vuestros ojos
Suelen trocar los mas grandes.
- (20) Lo mismo me reproduzco
Y me convierto en jarabe,
Servidor y amigo vuestro,
Sin circunloquios ni ambages.

HABANA: Librería é Imprenta EL IRIS, Obispo 22.